



Turismo y centros históricos

ALBERTO SAMUDIO

El desarrollo del turismo en los centros históricos es un tema espinoso y factor de muchas polémicas. No obstante, hay que abordarlo sin prevenciones, en busca de fórmulas que minimicen los factores de riesgo, que la incontenible actividad turística puede traer a las ciudades donde se recurre a él como una opción para salir de las dificultades económicas.

Para muchos países, el turismo es un renglón vital de su economía. Los ingresos por esta actividad, a nivel mundial, han crecido a una tasa de 11,2 por ciento anual en las últimas cinco décadas, según cálculos de la Organización Mundial del Turismo, OMT, lo que significa el doble del crecimiento de la actividad económica del planeta.

América Latina recibió 122 millones de visitantes internacionales en 2005, que generaron ingresos por US\$92.000 millones, cifra que representa el 12,7 por ciento del total de los ingresos mundiales por turismo. No debe sorprendernos, pues, que en los países latinoamericanos –con economías en crisis– a sabiendas de que nuestra geografía se ha convertido en uno de los destinos de mayor crecimiento, los gobiernos hayan pensado que nuestros centros históricos pueden ser una importante fuente de divisas.



Foto: www.flickr.com/photos/luchilu

El hecho de que los bienes patrimoniales generen, entre otros beneficios, ingresos para las arcas nacionales no es censurable. Las Normas de Quito lo recomendaron desde el año 1967, cuando se aceptó que “los bienes del patrimonio cultural representan un valor económico y son susceptibles de erigirse en instrumentos del progreso”. El problema puede presentarse cuando el enfoque para adecuar un centro histórico al servicio del turismo es equivocado.

No se debe aplicar la misma receta a todos los centros históricos, no obstante su similitud formal o histórica. La realidad social y económica suele ser diferente en cada una de ellos, pues la modernidad produjo cambios radicales para cada caso. Donde hubo recursos económicos, el centro histórico se transformó casi en su totalidad, quedando apenas como testimonio de los siglos anteriores los edificios gubernamentales y los templos. Tal es el caso en ciudades como Buenos Aires, Santiago de Chile, Río de Janeiro, Caracas, Maracaibo o Guayaquil.

Otro es el caso de los centros cuya vida siguió dependiendo de los accidentes geográficos de su enclave, como los caminos y los puertos, así como aquellos de escasos re-

►Pág. 26 - La Plaza de Santo Domingo, símbolo del patrimonio humano de Cartagena de Indias.

Arriba - Aunque existe un gran desarrollo del sector moderno en Cartagena, el Centro Histórico no ha perdido importancia como epicentro turístico y cultural.

cursos económicos. El centro permaneció en uso con algunas intervenciones en su trama y en sus monumentos. El núcleo urbano del período Colonial continuó siendo el principal espacio de servicio de la ciudad, experimentando, al mismo tiempo, un proceso migratorio de sectores sociales marginados que ocuparon progresivamente las antiguas viviendas. El sector moderno de la ciudad se desarrolló

La revitalización del Centro Histórico de Cartagena se encendió hacia los años 70, con la restauración de inmuebles por parte de algunos institutos gubernamentales y de la Alcaldía, para el funcionamiento de sus propias sedes.

en áreas extramuros, pero el centro no perdió su sentido funcional. Este es el caso de las ciudades puerto como La Habana, San Juan y Cartagena. Un proceso similar ocurrió en Quito, a pesar de que no es un puerto.

Hubo ciudades a donde la modernidad llegó tarde, por lo que su trama, la mayoría de sus edificaciones históricas y buena parte de su estructura social tradicional se conserva. Es el caso de ciudades como Coro en Venezuela, Oaxaca en México, Granada en Nicaragua, Cuenca en Ecuador, Potosí en Bolivia, Olinda en Brasil y Mompox en Colombia. Tratar de implantar, pues, el mismo modelo de proyecto turístico de manera genérica para centros históricos de tan distintas características es equivocado.

Hay quienes pretenden que los centros históricos, como en el caso de Cartagena de Indias, sigan conservando su vida normal con sus múltiples usos, entre los cuales debe predominar el de la vivienda permanente, para que los visitantes puedan tener una visión auténtica de la ciudad, con sus costumbres y tradiciones. Si no mediaran otros factores determinantes, eso sería lo ideal. No obstante, dado que las ciudades, como todo ente vivo, evolucionan, cabría preguntarse: ¿Cuál es la ciudad que en teoría se hubiera querido conservar? ¿La de antes de la migración a los barrios extramuros, que se dio en la mayor parte de las ciudades latinoamericanas, a imitación de las europeas, desde finales del siglo XIX, o aquella venida a menos tras el éxodo de la clase pudiente, cuyos inmuebles, dada la poca capacidad económica de sus nuevos habitantes, se fue subdividiendo y deteriorando hasta convertirse en verdaderas ruinas?

Hay quienes añoran aquel Centro de Cartagena de la primera mitad del siglo XX, tal vez porque no conocieron sus calles rotas y atravesadas por una maraña intrincada de cables eléctricos y telefónicos, por las cuales corrían los orines que emanaban de



Foto: Diego Sánchez

los caños de los patios, donde los inquilinos vertían las bacinillas: la ciudad de las casas en ruina. O a lo mejor, lo que prefieren es un centro idealizado con el progreso que ha alcanzado en los últimos años, pero habitado por las mismas familias y con las mismas costumbres, tradiciones y usos de antaño.

Eso habría sido posible, de haber existido un fondo para financiar, con intereses bajos, obras de mantenimiento o restauración. Pero todos sabemos que, en Latinoamérica, los municipios tienen presupuestos deficitarios. Tampoco las naciones disponen de recursos suficientes para atender la conservación de su patrimonio construido.

La chispa para iniciar la revitalización del Centro Histórico de Cartagena se encendió hacia los años 70, con la restauración de inmuebles por parte de algunos institutos gubernamentales y de la Alcaldía, para el funcionamiento de sus propias sedes. También ciertas familias del interior del país restauraron viejas edificaciones, subdividiéndolas en varias unidades, en algunos casos para utilizarlas como casas de vacaciones. Ante la imposibilidad de obtener financiación para salvar el patrimonio y ante el desinterés de los cartageneros por volver al Centro, fue éste un expediente válido para conservar muchos inmuebles que, de otra manera, habrían desaparecido.

En la década de 1990, dos inversionistas colombianos se animaron a comprar dos antiguos conventos, Santa Clara y Santa Teresa, para convertirlos en sendos hoteles de lujo, de 162 y 91 habitaciones, respectivamente.

El funcionamiento de estos hoteles, así como de otros construidos en la zona de Bocagrande, El Laguito y la parte norte, trajo consigo una importante corriente turística que generó la apertura de restaurantes, cafeterías, bares, *boutiques* y tiendas de ropa y joyas en el Centro Histórico, originando una animada concurrencia de visitantes en sus las calles. En los últimos cinco años, han abierto sus puertas una serie de pequeños hoteles de entre seis y doce habitaciones, llamados hoteles *boutiques*, en inmuebles restaurados y acondicionados para tal fin.

El Teatro Heredia es el epicentro de dos eventos de carácter mundial: el Festival Internacional de Música, al cual concurren los

Las propiedades del Centro han adquirido un valor tan alto que no hay propietario residente dentro de él que se resista a aceptar una oferta, en una dinámica que termina siendo comparable con el hecho de encontrarse la lámpara de Aladino.



Foto: www.flickr.com/photos/luchilu

mejores intérpretes de la música sinfónica; y el Hay Festival, en el cual se dan cita escritores, poetas, periodistas, cantautores y críticos de todas partes del mundo, para entablar diálogos sobre diversos tópicos de la literatura y el arte.

Todo ello, sumado a la inclusión de Cartagena en la Lista del Patrimonio Mundial de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, desde 1984 y teniendo en cuenta el creciente número de cruceros que arriban a la ciudad, ha generado un gran interés por la capital del departamento de Bolívar y una gran demanda hacia sus inmuebles, no sólo en el Centro Histórico sino en otros sectores que se han beneficiado por la valorización de éste. Las propiedades del Centro ha adquirido un valor tan alto que no hay propietario residente dentro de él que se resista a aceptar una oferta, en una dinámica que termina siendo comparable con el hecho de encontrarse la lámpara de Aladino.

Las exenciones de impuestos, declarar el Centro Histórico como de estrato patrimonial para que sus habitantes paguen los servicios con las tarifas más bajas o dar incentivos, como la transferencia de áreas, no alcanzan a contrarrestar la cuantiosa oferta pagada de un solo contado y que luego se declara por un valor menor.

Los expertos se quejan de que el Centro se convertirá en un museo, de que ya no hay en él actividad nocturna y de que las casas fuera de temporadas vacacionales sólo son habitadas por los cuidanderos. En resumen, que la ciudad perderá toda su autenticidad, lo cual no es del todo cierto.

Si no se ha encontrado la fórmula mágica para que los residentes habituales permanezcan en el Centro Histórico, al menos dicha área debe consolidar su función como espacio de encuentro ciudadano. Las experiencias de reactivación de tradiciones culturales en los centros históricos, para convertirlos en puntos de encuentro, han tenido importantes resultados.

En Cartagena, los eventos culturales organizados en los últimos años han generado una gran afluencia de público, proveniente de todos los barrios de la ciudad, que llega al Centro Histórico, donde también hay una constante actividad en los espacios públicos. El Distrito ha recuperado las antiguas tradiciones: desfiles con carrozas y disfraces, y celebración de cabildos en las zonas públicas del Centro, con motivo de la conmemoración de las fiestas de la Independencia.

Estos programas, que generan entre los habitantes una profunda identificación con la zona del Centro Histórico, deberán complementarse con acciones orientadas a la renovación de los servicios de comercio y a los de entretenimiento —cines, teatros, cafeterías salas de exposición, bibliotecas, etcétera— dando lugar a una oferta variada tanto en productos como en precios.

La planificación de proyectos turísticos en los centros históricos debe comenzar por captar al público de la propia ciudad. El habitante ciudadano debería ser el primer turista del Centro Histórico. Las acciones orientadas a la población, no al turismo, deben ser permanentes, a fin de consolidarse como una opción de recreación y cultura para la ciudad. Enseguida, serán reconocidas como instrumentos válidos para el desarrollo de la actividad turística y pondrán en marcha la economía del sector.

ALBERTO SAMUDIO es arquitecto de la Universidad Javeriana, con especialización en Restauración y Ambientación de Monumentos, del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Tiene una Maestría en Conservación y Rehabilitación del Patrimonio Construido, del Instituto José Echeverría de La Habana y fue decano de la Facultad de Ciencias Humanas, Artes y Diseño de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Seccional del Caribe, así como Director de la Especialización de la Conservación y Restauración del Patrimonio Arquitectónico de la misma Universidad. En la actualidad, es el Director del Plan de Revitalización del Centro Histórico de Cartagena.

La planificación de proyectos turísticos en los centros históricos debe comenzar por captar al público de la propia ciudad. El habitante ciudadano debería ser el primer turista del Centro Histórico.